



Cómo Evitar el Colapso Ecosocial: el Proyecto del Decrecimiento*

Avoiding eco-social collapse: the degrowth project

HUBERT BUCH-HANSEN

Copenhagen Business School, Department of Organization (Copenhage, Dinamarca)

hbu.ioa@cbs.dk

RESUMEN

Un número cada vez más importante de académicas/os y activistas de Europa y más allá promueven el “decrecimiento” como reacción ante un inminente colapso ecosocial. Abogan por transiciones democráticas hacia sociedades postcapitalistas que puedan funcionar dentro de las fronteras ecológicas y, a la vez, ser socialmente equitativas. Este artículo examina qué implica el decrecimiento y realiza un balance de su situación actual como proyecto académico y político. Se sugiere que, mientras que el proyecto académico está floreciendo, el proyecto político continúa siendo marginal. Ante este panorama, se aborda el interrogante de qué sería necesario para que el proyecto político del decrecimiento cobre impulso.

Palabras clave: Decrecimiento; Economía Ecológica; Políticas Ecosociales.

Códigos JEL: Q57.

Fecha de recepción: 22/2/2020

Fecha de aceptación: 20 /5/2020

ABSTRACT

In response to the looming eco-social collapse, a growing number of scholars and activists in Europe and beyond call for 'degrowth'. They advocate democratic transitions towards post-capitalist societies that can function within ecological boundaries while being socially equitable. The present

* Original inédito en inglés. Traducción de Juan Ignacio Staricco (CICE/FCE-CONICET).



paper takes stock of what degrowth entails and addresses where it stands, both as an academic and a political project. It suggests that whereas the academic project is currently flourishing, the political project remains marginalised. Against this background, the question of what it would take for the political project of degrowth to gain momentum is addressed.

Keywords: Degrowth; Ecological Economics; Eco-Social Policies.

JEL Code: Q57.

I. INTRODUCCIÓN

El mundo se está descomponiendo. La desigualdad económica ha alcanzado niveles impresionantes. Mientras que una pequeña elite ha acumulado riquezas a una escala sin precedentes, un gran número de personas carecen de los medios necesarios para satisfacer siquiera sus necesidades humanas básicas. Al mismo tiempo, las instituciones democráticas se encuentran cada vez más socavadas. Las/os politólogas/os ahora se plantean cómo va a terminar la democracia (Runciman, 2018), sugiriendo que hasta en los países donde supo estar fuertemente arraigada “nos encontramos marchando hacia la postdemocracia” (Crouch, 2016, p. 71). Como si estas profundas crisis sociales y políticas no fueran suficientemente problemáticas, una rápida intensificación de la pérdida de biodiversidad, la extinción masiva de especies, el agotamiento de recursos y una crisis climática catastrófica amenazan con terminar con la civilización tal como la conocemos. Max-Neef (2014, p. 17) sin dudas está en lo cierto cuando afirma que “nunca antes en la historia de la humanidad tantas crisis alcanzaron su máximo nivel de tensión de manera simultánea”.

El mundo se está descomponiendo y queda poco tiempo para tomar las medidas que eviten un auténtico colapso ecosocial. ¿Cuáles son esas medidas? La respuesta proporcionada por el proyecto ecopolítico dominante es que la única salida viable es el “crecimiento verde”, esto es, un crecimiento económico constante con protección de los “servicios ambientales”. En la base de este proyecto subyace un optimismo fundamental sobre lo que pueden lograr las tecnologías y los mercados: se espera que una combinación de nuevas innovaciones y varias formas de soluciones basadas en el mercado nos lleven a una producción más verde, empleos más verdes, un consumo más verde y un crecimiento más verde, todos los cuales reducirán las des-

igualdades e impactos ambientales – en especial las emisiones de CO₂, que son las culpables del calentamiento global. La noción de que la sustentabilidad y el crecimiento pueden ser reconciliados se encuentra plasmada, por ejemplo, en los 17 objetivos de “desarrollo sostenible” de la Organización de Naciones Unidas (ONU). Por un lado, éstos abarcan, por ejemplo, al agua limpia, la acción por el clima, el uso sustentable de los mares y la protección de los ecosistemas, mientras que, por el otro lado, el Objetivo 8 consiste en promover el crecimiento económico (ONU, 2015).

El problema con la visión del crecimiento verde es la falta de evidencia que demuestre que es efectivamente posible combinar crecimiento económico con una rápida reducción de emisiones de CO₂ dentro del tiempo disponible y a escala global (Hickel y Kailis, 2019). Varios estudios han documentado una fuerte correlación a largo plazo entre la tasa de crecimiento del producto bruto interno (PBI) global y la tasa de emisiones globales de CO₂ (por ejemplo, Steffen et al., 2015). Asimismo, a pesar de todas las innovaciones verdes que han aparecido – y no obstante el compromiso del Acuerdo de París de detener las emisiones – los niveles de CO₂ en la atmósfera continúan rompiendo nuevos récords. En noviembre de 2019 la ONU publicó un informe de acuerdo con el cual la meta de 1,5°C del Acuerdo de París sólo podrá alcanzarse si las emisiones globales se recortan el 7,6% cada año desde 2020 hasta 3030 (PNUMA, 2019, p. 26). Dados los pobres antecedentes de la humanidad en la reducción de emisiones a pesar de las innovaciones verdes, se vuelve necesario preguntar si es acaso realista pensar en alcanzar ese objetivo mientras los sistemas económicos continúan creciendo. Tanto las/os científicas/os especializadas/os en cuestiones climáticas, como un creciente número de científicos sociales, tienen grandes dudas de que ello sea realista: identifican al crecimiento económico como la principal causa de la crisis climática, no como su solución (Ripple et al., 2019; Gough, 2017).

En Europa y más allá muchas/os académicas/os, activistas, y otras personas críticas de las aspiraciones al crecimiento infinito del sistema económico se reúnen bajo el estandarte del “decrecimiento”. No creemos que el crecimiento económico global incesante pueda ser reconciliado con la sustentabilidad ambiental o el “desarrollo sustentable”, y llamamos a realizar transiciones democráticas hacia sociedades postcapitalistas, que puedan funcionar dentro de las fronteras ecológicas y, a la vez, ser socialmente

equitativas. El decrecimiento, también conocido como “postrecimiento”, es un fenómeno y concepto multifacético. Por ejemplo, se ha sugerido que constituye un paradigma académico (Weiss y Cattaneo, 2017), un movimiento (Martínez-Alier, 2012) y un proyecto ecopolítico que se opone a los proyectos que pregonan el crecimiento económico, incluyendo al crecimiento verde (Buch-Hansen 2018). Si bien se encuentra en expansión, el decrecimiento es todavía desconocido para la mayoría de las personas, incluyendo a estudiantes e investigadoras/es de las ciencias sociales. En este contexto, la contribución de este artículo es la de realizar un balance del decrecimiento, en tanto proyecto académico y proyecto político. Además, el artículo reflexiona sobre qué sería necesario para que este proyecto pueda pasar de su actual posición de marginalidad política a ocupar un lugar capaz de determinar el curso de los acontecimientos sociales.

II. EL PROYECTO ACADÉMICO

El campo de la economía ecológica constituye el principal sustento científico del proyecto del decrecimiento. Para comprender la naturaleza del decrecimiento será útil contrastar brevemente a la economía ecológica y la economía ambiental, que constituye una extensión de la economía neoclásica. La economía ambiental considera a la naturaleza como un subsistema de la economía y apoya la noción de que existen soluciones basadas en el mercado y tecnologías para los problemas ambientales. Desde este punto de vista, el crecimiento ilimitado es deseable, ya que el crecimiento es una precondition para las inversiones en tecnologías que puedan detener la crisis climática. Como esto lo indica, la economía ambiental es el campo en el cual el proyecto ecopolítico del crecimiento verde halla su legitimación científica.

La economía ecológica considera a la economía como un subsistema de la sociedad, que es, a la vez, un subsistema de la naturaleza (Spangenberg, 2016). Destaca que existen límites naturales al tamaño que puede alcanzar la economía. Para las/os economistas ecológicas/os, el crecimiento económico denota “un aumento en la escala física del transumo [*throughput*]¹ de

1. NdT: de acuerdo con Daly (1991, p.1), la noción de transumo comprende el nivel de “flujos de materia y energía desde la primera etapa de la producción (extracción de materiales de baja entropía del ambiente) a la última etapa del consumo (contaminación del ambiente con desechos de alta entropía y materiales exóticos)”.

materia/energía que sostiene las actividades económicas de producción y consumo de mercancías” (Daly, 1996, p. 31). Dado que dicho transumo ha crecido demasiado en relación a la capacidad de la biosfera, argumentan que es necesario reducir de manera drástica el transumo en los países ricos. Mientras que se espera que ello implique una reducción del PBI (la medida estándar de la actividad económica), el objetivo no es una reducción del PBI (Kallis, 2018). Así mismo, es importante destacar que lo que se propone es un decrecimiento *voluntario y planificado* (Alexander, 2012). Esta forma de decrecimiento no equivale a una recesión; la tendencia a la baja en el largo plazo de las tasas de crecimiento del PBI de los países de la OCDE tampoco constituye un ejemplo. De hecho, dicha disminución es lo opuesto a voluntario y planificado: ha ocurrido a pesar de los enormes esfuerzos de gobiernos y organizaciones internacionales para estimular el crecimiento económico. Desde el punto de vista de la economía ecológica, los límites planetarios van a detener el crecimiento del sistema económico tarde o temprano. Sin embargo, llegar a ese punto no es deseable de ninguna manera, ya que para ese entonces un colapso ecológico habrá descompuesto al mundo de manera definitiva. La alternativa que se propone es tomar medidas inmediatas con el fin de contraer substancialmente el transumo material de manera deliberada, reduciendo el tamaño total del sistema económico global.

El ecologista político francés André Gorz introdujo la noción de decrecimiento (*décroissance*) a principios de los 1970s. En un trabajo posterior observó que “actualmente, la falta de realismo ya no consiste en promover un bienestar mayor a través de la inversión del crecimiento y la subversión del modo de vida predominante. La falta de realismo consiste en imaginar que el crecimiento económico aún pueda proveer un mayor bienestar humano y que, de hecho, eso sea físicamente posible” (1980, p. 14). Esta observación es congruente con el modo de ver el mundo de las/os economistas ecológicas/os y partidarias/os del decrecimiento contemporáneas/os. Desde su punto de vista, es crucial que el sistema económico funcione dentro de las fronteras ecológicas, lo que significa que el crecimiento económico es deseable sólo hasta cierto punto – un punto que los países ricos han superado décadas atrás. Gorz se inspiró, por ejemplo, en Nicholas Georgescu-Roegen, cuyo libro *La ley de la entropía y el proceso económico* (1971) constituye un texto seminal en el campo de la economía ecológica. Los años 1970s fueron, más en general, un período en el cual apareció un importante número de trabajos críticos del crecimiento (por ejemplo, Meadows et al., 1972; Daly,

1973; Hirsch, 1976). Herman Daly, un alumno de Georgescu-Roegen, fue el primer académico en desarrollar una visión detallada de una economía que no creciera. Sus trabajos sobre la llamada “economía en estado estacionario” (por ejemplo: Daly, 1991; 1996) son otra importante fuente de inspiración para muchos estudiosos del decrecimiento.

La comunidad académica que realiza investigaciones explícitamente críticas del crecimiento ha sido, durante muchos años, relativamente pequeña. Spash (2020, p. 2) remarca que “durante los 1980s, entre los economistas, Herman Daly estuvo defendiendo la fortaleza del anti crecimiento casi en soledad”. Sin embargo, en especial durante la última década, el proyecto académico del decrecimiento se ha expandido considerablemente. Un número relativamente grande y en aumento de investigadoras/es realiza trabajos en torno a conceptos como decrecimiento y postcrecimiento. Más allá de hallarse unidas por una mirada crítica del crecimiento económico, esas investigaciones son altamente diversas. Asumen muchas formas y se conectan con muchas disciplinas diferentes. Así, hay trabajos que ofrecen estudios de caso en profundidad de iniciativas concretas vinculadas al decrecimiento y los desafíos a los que se enfrentan. Un ejemplo es el estudio realizado por Maria Joutsenvirta sobre la lucha entre activistas de los bancos de tiempo [*timebanking*] y las autoridades impositivas de Finlandia (Joutsenvirta, 2016). Hay estudios que adoptan un enfoque cuantitativo. Por ejemplo, Fritz y Koch (2014) comparan los potenciales para alcanzar la prosperidad sin crecimiento de 38 países avanzados. Existen artículos que se enfocan en mediciones, como O’Neill (2012), quien propone un conjunto de indicadores biofísicos y sociales apropiados para medir el progreso de la transición hacia el decrecimiento. Hay trabajos que vinculan al decrecimiento con tradiciones críticas específicas, como el feminismo (Dengler y Seebacher, 2019) y el materialismo histórico (Leonardi, 2019). Hay investigaciones sobre países concretos, incluyendo por ejemplo a Letonia e Islandia (Nyblom et al., 2019) y Cuba (Borowy, 2013). Hay estudios que analizan políticas o instrumentos ecosociales específicos tales como límites a la riqueza y el ingreso y monedas complementarias (volveremos a algunos de estos temas en la próxima sección). La enumeración podría continuar, pero lo expuesto hasta ahora debería ser suficiente para ilustrar la diversidad de las investigaciones sobre decrecimiento. En síntesis, actualmente el proyecto académico del decrecimiento se halla en un estado vibrante y floreciente (para algunas reseñas de las contribuciones, ver, por ejemplo: Kallis, 2018 y Weiss y Cattaneo, 2017).

Como es de esperarse, las/os investigadoras/es del decrecimiento no están de acuerdo en todas las cuestiones. Lejos de eso. Por ejemplo, existe una disputa en torno a la definición misma de decrecimiento. La definición que prevalece actualmente es la propuesta por Schneider et al. (2010, p. 512). Entre otras cosas, entienden al decrecimiento como “una reducción equitativa de la producción que aumenta el bienestar humano y mejora las condiciones ecológicas a nivel local y global en el corto y el largo plazo”. Sin embargo, como hemos señalado Max Koch, Martin Fritz y yo, es importante considerar si sólo debería promoverse una reducción de la producción y el consumo, siempre y cuando esto incremente, al mismo tiempo, el bienestar social (Koch et al., 2017; ver también Büchs y Koch, 2019). En nuestra opinión, de ninguna manera puede darse por sentado que el bienestar subjetivo vaya a aumentar en el corto plazo durante las transiciones hacia el decrecimiento. Para empezar, las comparaciones entre países revelan que los países más ricos y menos sustentables en términos ambientales son también los “más felices” (Fritz y Koch, 2014). Relacionado con ello, parece improbable que los cambios en el estilo de vida de los países ricos exigidos por el decrecimiento – incluyendo, por ejemplo, limitaciones a los vuelos, automóviles o consumo de carne – vayan a ser acompañados en el corto plazo por aumentos en el bienestar subjetivo. De hecho, mucha gente acostumbrada a las pautas de consumo occidentales se sentiría, con toda probabilidad, menos feliz durante las transiciones al decrecimiento, al menos por un período de tiempo. Sin embargo, esto no significa que dichas transiciones no debieran ser iniciadas: continuar como si nada ocurriera sólo perjudicará a la humanidad, ya que el sobregiro de la tierra [*ecological overshoot*]², en constante aumento, terminará por volver inhabitable al planeta eventualmente. Ante este panorama, sostenemos que la satisfacción de las necesidades actuales y futuras de todos los seres humanos debe ser un objetivo distintivo del decrecimiento; no el aumento del bienestar subjetivo. Mientras que nosotros intentamos identificar dichas necesidades haciendo uso de la terminología propuesta por Doyal y Gough (1991), otras/os autoras/es proponen teorías de las necesidades alternativas (por ejemplo, Helne y Hirvilammi, 2019).

2. NdT: El sobregiro de la Tierra (a veces llamado sobrecapacidad de la Tierra) o *ecological overshoot* hace referencia a una situación en la cual las demandas de la población exceden la capacidad de un ecosistema para regenerar los recursos consumidos y absorber los desechos. El llamado “día del sobregiro de la tierra” marca el día en el cual la humanidad termina de utilizar todos los recursos naturales que la Tierra tiene capacidad de generar en un año (WWF: <https://www.worldwildlife.org/blogs/descubre-wwf/posts/dia-del-sobregiro-de-la-tierra>).

Como proyecto académico, el decrecimiento es todavía joven y aún queda mucho trabajo por hacerse en algunos aspectos. Por ejemplo, todavía deben responderse de manera satisfactoria preguntas fundamentales en torno a qué tipo de conocimiento científico se aspira a producir desde la perspectiva del decrecimiento. De hecho, hasta lo que sé, prácticamente no ha habido discusiones sobre los supuestos ontológicos y epistemológicos que subyacen a este proyecto. Algunas/os investigadoras/as del decrecimiento sugieren que el estudio del decrecimiento constituye una forma de “ciencia postnormal”. Esto implica, por ejemplo, que la calidad de la investigación debe lograrse a través del involucramiento de una “comunidad de pares ampliada”, que consista no sólo de científicas (sociales) sino también de otras personas vinculadas con el tema que se está estudiando (D’Alisa y Kallis, 2015). Otras/os se refieren al decrecimiento como un ejemplo de “ciencia militante” (Demaria et al., 2013). Sin embargo, no es evidente que el grueso de las investigaciones publicadas sobre el decrecimiento se identifique con etiquetas como estas. Lo que sí es evidente es que la literatura sobre decrecimiento se caracteriza por una clara dimensión crítica. No solamente en el sentido de que critica a otras tradiciones de investigación, en especial a los economistas del mainstream, quienes son señalados porque su “pericia y pretensiones de verdad han tendido a colonizar y despolitizar la esfera social” (D’Alisa y Kallis, 2015, p. 187). Sino también en un sentido más fuerte, en tanto que el decrecimiento pone en tela de juicio aquellas prácticas y estructuras sociales injustas y nocivas para el ambiente. Como un proyecto académico, el decrecimiento es abiertamente normativo y defiende ambiciones claramente emancipatorias. Sin embargo, podría beneficiarse enormemente de reflexiones más profundas en torno a las bases sobre las cuales puede sustentarse la crítica en las ciencias sociales. Un buen punto de partida podría ser involucrarse con trabajos que promueven las ciencias sociales críticas, como por ejemplo los de Sayer (2009) y Staricco (2019).

III. EL PROYECTO POLÍTICO

Como se mencionó en la introducción, el proyecto ecológico dominante actualmente sugiere que alentar el crecimiento económico – específicamente el “crecimiento verde” – es la única salida viable. Promovido por varias organizaciones internacionales, gobiernos, economistas del *mainstream* y corporaciones, el “crecimiento verde” implica la promoción

del crecimiento económico a la vez que se asegura “que los activos naturales continúen proveyendo los recursos y servicios ambientales de los que depende nuestro bienestar” (OCDE, 2011, p. 9). El proyecto del crecimiento verde supone modificar, en lugar de cambiar drásticamente – ni qué hablar de superar –, el sistema económico dominante, esto es, el capitalismo. Según esta postura, es posible confiar en que los mercados y las empresas hagan lo necesario para detener la crisis climática, mientras que el rol del Estado es el de meramente “corregir un pequeño número de muy importantes fallas del mercado” (Bowen y Hepburn, 2014, p. 420).

Desde el punto de vista del decrecimiento, la crisis climática no constituye una “falla del mercado”. Sobre todo, la crisis encuentra su causa en la naturaleza misma de una economía global capitalista en permanente expansión. Como proyecto político, entonces, el decrecimiento no se trata de realizar unas cuantas modificaciones en el marco del sistema actual o hacer menos de lo mismo. Se trata de iniciar transiciones democráticas hacia sociedades en las que “todo será diferente: actividades diferentes, formas y usos de energía diferentes, relaciones diferentes, roles de género diferentes, distribuciones de tiempo entre trabajo pago y no pago diferentes, relaciones con el mundo no humano diferentes” (Kallis et al., 2015, p. 4). El proyecto del decrecimiento, entonces, no se trata simplemente de reducir el tamaño del sistema económico, sino de transformar un amplio rango de estructuras e instituciones sociales. Los intentos de realizar esto en el marco de un sistema capitalista dependiente del crecimiento se hallan condenados al fracaso, por lo que el proyecto del decrecimiento es anticapitalista por naturaleza (Latouche, 2009).

Mientras que las/os partidarias/os del decrecimiento sostienen que avanzar hacia un sistema económico más pequeño que funcione dentro de las fronteras ecológicas es tanto deseable como necesario, no consideran que todos los ámbitos de la economía deban reducirse. Kallis et al. (2015, p. 5) destacan que “algunos sectores, como la educación, la salud o la energía renovable, van a necesitar prosperar en el futuro, mientras que otros, como las industrias sucias o el sector financiero, reducirse”. Asimismo, mientras que el decrecimiento supone de manera inevitable una reducción en el tamaño de las economías de los países sobredesarrollados, también reconoce la necesidad de los países pobres de desarrollarse económicamente (Demaria et al., 2013). Sin embargo, el desarrollo no se entiende aquí en el

sentido occidental, tendiente al crecimiento. Ese desarrollo está asociado típicamente al colonialismo: “con el colonialismo, en especial desde que finalizó de manera formal, la idea de ‘desarrollo’ – ayudar a que las ex colonias se ayuden a sí mismas – sostuvo relaciones coloniales desiguales de dependencia y mantuvo un flujo de trabajo y recursos baratos de la periferia a los centros imperiales” (Kallis, 2018, p. 40). Desde el punto de vista del decrecimiento, el desarrollo económico en el sur se basa, entre otros, en la premisa de terminar con esas relaciones injustas y redistribuir la riqueza de países ricos a pobres. Aquí podemos notar que para Latouche (2009, pp. 33-34), las transiciones al decrecimiento suponen ocho R que se refuerzan entre sí: *reevaluación* de los valores que apuntalan a una sociedad; *reconceptualización* de los conceptos clave; *reestructuración* de los aparatos productivos y relaciones sociales; *redistribución* de la riqueza dentro de las sociedades y entre países del norte y el sur; *relocalización* de la producción, tornándola cada vez más local; *reducción* del consumo y la producción; y, finalmente, un énfasis creciente en la *reutilización* de materiales y productos y en el reciclaje de desechos.

El decrecimiento es un *proyecto político* en tanto que sus defensores no sólo asumen una posición política de cara a las instituciones e ideologías actualmente dominantes, sino que también proponen una plétora de políticas ecosociales, esto es, políticas que promueven objetivos de sustentabilidad medioambiental e igualdad social de manera simultánea (Gough, 2017). Por ejemplo, existen propuestas para promover el trabajo compartido [*work-sharing*] y reducir el tiempo de trabajo (Schor, 2015), ponerle un tope a los ingresos y la riqueza (Daly, 1991), establecer impuestos a los bienes de lujo, responsables de elevadas emisiones (Gough, 2017), introducir límites a los vuelos y reducir el número de aviones y aeropuertos (Hassler et al., 2019), proveer prestaciones sociales sustentables, por ejemplo, en la forma de cupones básicos universales (Bohnenberger, 2020) y establecer monedas complementarias que se distribuyan como ingreso básico a toda la ciudadanía (Hornborg, 2017). Trabajos nuevos y relevantes han comenzado a analizar de qué manera distintas políticas ecosociales específicas pueden (o no) combinarse (Hirvilami, 2020; Parique, 2019).

Sin lugar a dudas medidas como éstas van a enfrentarse con una fuerte oposición y en muchos casos su implementación dará lugar a un número de problemas en un contexto de decrecimiento. A modo de ilustración,

voy a tomar el caso de las propuestas para imponer un límite a los ingresos y/o la riqueza (este caso se examina con mayor detalle en Buch-Hansen y Koch, 2019). Varias/os estudiosas/os – algunas/os críticas/os del crecimiento, otras/os no – han propuesto límites de este tipo. Desde el punto de vista del decrecimiento, el propósito doble de esta política ecosocial sería reducir la desigualdad económica a la vez que obstaculizar la capacidad de las personas más ricas de llevar adelante estilos de vida ambientalmente perjudiciales al empeorar su posición económica. Este último aspecto es más importante de lo que podría parecer: un informe encontró que “el 1% más rico puede llegar a emitir 30 veces más [Ndt: *dióxido de carbono*] que el 50% más pobre y 175 veces más que el 10% más pobre” (Oxfam, 2015).

Estos límites pueden ser diseñados de varias formas. Una propuesta es establecer un tope a ambos, riqueza e ingresos (Daly, 1991). Esto requiere establecer un límite máximo al valor de todos los activos poseídos por un individuo menos todas sus obligaciones (riqueza), como así también a su flujo de ingresos provenientes del trabajo, inversiones y propiedad de la tierra (ingresos). Por encima de los límites elegidos, la riqueza y los ingresos estarían gravados al 100%. Otra propuesta es establecer un límite sólo a los ingresos, en algunas versiones atando el tope máximo al ingreso mínimo. En este modelo no se permite que el ingreso máximo sea más que una determinada cantidad de veces más alto que el ingreso mínimo – por ejemplo, 10 veces más grande (Pizzigati, 2018). Una tercera propuesta es establecer límites al ingreso que exceda una “línea de riqueza” [*affluence line*] que se encuentre atada a la “línea de satisfacción de necesidades” que representa el ingreso mínimo requerido por un individuo para participar en la sociedad. La línea de riqueza constituye el techo por encima del cual todo ingreso se transfiere de las personas más ricas a las más pobres para asegurar que las últimas puedan satisfacer sus necesidades y ser parte activa de la sociedad (Concialdi, 2018).

Estos modelos tienen varias fortalezas y desventajas. Establecer límites a ambos, la riqueza y el ingreso, es la forma más directa de reducir la desigualdad económica. Sin embargo, en la práctica, evaluar continuamente el valor de la riqueza se volvería una tarea engorrosa, ya que ésta asume en parte una forma no monetaria (Pizzigati, 2018). Los modelos que sólo apuntan al ingreso serían mucho más fáciles de implementar, ya que el ingreso asume por lo general una forma monetaria. Pero desde el punto de vista del

decrecimiento, dichos modelos podrían no reducir la desigualdad económica lo suficientemente rápido, sin considerar cuánto podrían hacer por evitar que los individuos ricos continúen llevando adelante vidas groseramente insustentables. Otro problema es que la redistribución de recursos económicos derivada de la introducción de límites máximos al ingreso y/o la riqueza podría tener el efecto perjudicial (desde el punto de vista del decrecimiento) de estimular el crecimiento económico al aumentar el poder de compra de muchas personas. En sí misma, por lo tanto, esta política ecosocial no produce decrecimiento. Para lograr los efectos deseados, necesita formar parte de un “mix de políticas” que incluya una variedad de políticas ecosociales como las mencionadas más arriba.

Un aspecto a destacar de las propuestas de imponer un techo al ingreso y/o la riqueza es que parecen requerir el involucramiento activo de los Estados y organizaciones internacionales. Esto apunta a una tensión más amplia dentro del proyecto del decrecimiento: por un lado, sus promotores destacan la importancia de la movilización “desde abajo”, mientras que, por el otro, la mayoría de las políticas ecosociales que se promueven parecerían requerir regulación “desde arriba” por parte de los Estados y organizaciones internacionales (Cosme et al., 2017, p. 328). Si bien esta es una tensión existente en el proyecto, no constituye necesariamente una contradicción. Como ha destacado Koch (2019), los Estados se encuentran afectados por lo que ocurre más allá de ellos. Mientras que en el marco del capitalismo los Estados prosiguen políticas dirigidas a promover el crecimiento económico, no es inconcebible que pudieran implementar las políticas ecosociales concebidas por las/os promotoras/es del decrecimiento si la movilización de las fuerzas críticas del crecimiento y socioecológicas adquirieran *momentum* (Koch, 2019, p. 13; Gough, 2017). Esto nos lleva lógicamente a la pregunta de qué sería necesario para que el proyecto del decrecimiento lograra *momentum*.

IV. HACER REALIDAD EL DECRECIMIENTO

Mientras el proyecto académico del decrecimiento prospera, aún continúa siendo marginal como proyecto político, en el sentido de que hasta el momento no ha tenido impacto en las dinámicas sociales generales. Desde luego que existe un sinnúmero de iniciativas, muchas de ellas a nivel local, que construyen o se hacen eco del pensamiento del decrecimiento. És-

tas, por ejemplo, incluyen cooperativas, bancos de tiempo, jardines urbanos, producción local, monedas comunitarias y ecocomunidades. Sin embargo, si bien muchas de las ideas que sustentan al proyecto del decrecimiento se encuentran en circulación desde hace décadas, ningún país, región o sociedad de la que yo tenga conocimiento se encuentra en el camino de establecer límites al consumo y la producción a la vez que se redistribuyen los recursos económicos de los ricos a los pobres en una escala siquiera cercana a la concebida por las/os promotora/es del decrecimiento. Por lo tanto, es entendible que muchas de las personas en la comunidad del decrecimiento se pregunten por cómo llegar a eso: ¿cómo hacemos realidad el decrecimiento? Tomando a la literatura de economía política crítica como fuente de inspiración, en particular a la tradición del materialismo histórico transnacional (por ejemplo, van Apeldoorn y Overbeek, 2012), es posible derivar cuatro prerrequisitos que serán necesarios para llevar a cabo el tipo de cambio socioeconómico profundo al que aspiran las/os promotora/es del decrecimiento (para más detalles, cf. Buch-Hansen, 2018).

El primer prerrequisito es una crisis profunda. Como se mencionó en la introducción de este artículo, la humanidad se enfrenta actualmente no a una, sino a varias crisis profundas y entrelazadas. Éstas, por ejemplo, incluyen una crisis social de desigualdad en aumento e injusticia, una crisis económica de crecimiento en declive en los países capitalistas avanzados y un endeudamiento público y privado en aumento, una crisis política de la democracia y una crisis climática que se intensifica. El sistema económico prevaleciente en la actualidad se encuentra, por lo tanto, atravesado por todo tipo de problemas y es más que difícil visualizar cómo sería posible sortearlos. Es de por sí bastante revelador que uno de los científicos sociales más destacados de nuestra época pregunte no si, sino *cómo* terminará el capitalismo (Streeck, 2016). Si una crisis profunda es una precondition para un cambio profundo, vivimos tiempos en los que un cambio así ciertamente debería ser posible.

El segundo prerrequisito para que la visión del decrecimiento se materialice es que dé forma a un proyecto político alternativo a partir del cual los decisores y otros agentes puedan interpretar la realidad y actuar. Como se explicó en la sección anterior, el decrecimiento puede, de hecho, ser visto como un proyecto ecopolítico – que no es lo mismo que decir que ofrece, o aspira a ofrecer, políticas ecosociales totalmente desarrolladas.

Tercero, para que un proyecto político pueda determinar el curso de los acontecimientos sociales, es necesario que una coalición amplia de fuerzas sociales, con el suficiente poder y recursos, lo encuentre atractivo y esté dispuesta a luchar por él. Actualmente, las/os partidarias/os del decrecimiento son movimientos de base, pequeñas fracciones de partidos de izquierda y sindicatos, como así también académicas/os y otras/os ciudadanas/os que se encuentran preocupadas/os por el inminente colapso ecosocial. Los principales partidos políticos, sindicatos, asociaciones empresarias y organizaciones internacionales aun no lo han acogido. Esta situación ha sido identificada como “el punto más débil del proyecto del decrecimiento” (Barca et al., 2019, p. 6). No sólo el proyecto del decrecimiento se encuentra en esta situación; más en general, ningún proyecto alternativo al proyecto neoliberal que todavía prevalece – ni qué hablar del capitalismo como sistema económico – disfruta del apoyo de una coalición de fuerzas sociales lo suficientemente fuerte como para hacer real un cambio social profundo. De hecho, esta es la principal razón por la cual el neoliberalismo y el capitalismo se mantienen. En las memorables palabras de Streeck (2016, p. 36), “antes de que el capitalismo se vaya al infierno, durante un tiempo previsiblemente largo permanecerá en el limbo, muerto o agonizante por una sobredosis de sí mismo, pero todavía muy presente porque nadie tendrá poder suficiente para apartar del camino su cuerpo en descomposición”.³ En síntesis, las transiciones hacia el decrecimiento a escala nacional o internacional implicarían una movilización masiva a nivel de la sociedad civil, movilización que actualmente no existe.

El último factor necesario para hacer realidad el decrecimiento en una escala más amplia es el apoyo popular. Existen algunos indicios de que las ideas críticas del crecimiento están ganando terreno. Una petición por parte de la Oficina Europea del Medio Ambiente, que llamaba a la Unión Europea, sus instituciones y Estados miembros a idear políticas para un futuro de postcrecimiento y reconsiderar la persecución del crecimiento como meta principal de sus políticas, fue firmada por más de 90.000 personas. Dres et al. (2019, p. 150) sugieren, en base a datos de España, que “una parte considerable de la población exhibe miradas escépticas sobre el crecimiento”. Aun así, es poco probable que la gran mayoría de las personas en los países sobredesarrollados hayan escuchado hablar del decrecimiento.

3. Cita tomada de la traducción al español realizada por José Amoroto, Álvaro García-Ormaechea, Juanmari Madariaga y Ethel Odiozola para la edición de *Traficantes de Sueños* (2017).

Y, aunque lo hicieran, hay pocos motivos para creer que estarían de acuerdo con que ir más allá del capitalismo hacia un sistema con producción y consumo diferentes y reducidos sea una buena idea. La observación de Jameson (2003) de que es más fácil imaginar el fin del mundo que imaginar el fin del capitalismo continúa siendo cierta de algún modo. Pero también alude a lo que probablemente sea la gran paradoja de nuestros tiempos. Por un lado, la ideología capitalista se ha vuelto hegemónica hasta el punto de que a la mayoría de las personas le resultaría imposible siquiera considerar que otros sistemas económicos podrían funcionar mejor. Por el otro lado, es cada vez más inconcebible que el capitalismo pueda sobrevivir su crisis multidimensional actual.

Un motivo relacionado de por qué el decrecimiento podría no ser intuitivamente atractivo para mucha gente es que resulta incompatible con la norma occidental de consumo; una norma que se ha expandido cada vez más hacia otras partes del mundo (Brand y Wissen, 2013; Koch, 2012). Si el decrecimiento se materializara, muchas/os ciudadanas/os de los países ricos tendrían – como se mencionó antes – que adaptarse a estándares de vida materiales más bajos. Es bastante lógico suponer que el establecimiento de límites a la posesión de automóviles, vuelos, formas de vivienda, dietas y demás no sería popular. En especial como consecuencia de que las/os partidarias/os del discurso del crecimiento verde y otras ideologías pro mercado han creado la ilusión de que las compañías, los mercados y las nuevas tecnologías se van a encargar de los problemas de tal modo que las personas no tengan que cambiar drásticamente sus estilos de vida.

En síntesis, de los cuatro prerequisites necesarios para que el decrecimiento de materialice a escala social – una crisis profunda, un proyecto alternativo, una coalición amplia de fuerzas sociales y apoyo popular –, sólo las dos primeras se encuentran presentes. Como consecuencia, las posibilidades de que los caminos señalados por las/os partidarias/os del decrecimiento se lleven a la práctica con la finalidad de evitar el colapso ecosocial no son auspiciosas. Sin embargo, el futuro no está escrito y que el decrecimiento no vaya a ocurrir no es una conclusión inevitable.

He delineado aquí los que creo que son los cuatro prerequisites más importantes. Pero, por supuesto, esta no es una lista exhaustiva. Otras precondiciones para que ocurra el decrecimiento pueden ser pensadas fácil-

mente. Por ejemplo, bien podría ser que una coordinación internacional de amplio alcance fuera necesaria para dar inicio y mantener en marcha a las transiciones hacia el decrecimiento (ver también Chertkovskaya et al., 2017, p. 202). Es importante, además, subrayar que los obstáculos y oportunidades para tales transiciones varían de un lugar al otro. Trabajos sobre el cambio institucional han demostrado que las instituciones y estructuras del pasado siempre dejan sus huellas en las instituciones y estructuras que las suceden (Carstensen, 2011). Por lo tanto, si las transiciones hacia el decrecimiento fueran efectivamente iniciadas, comenzarían desde estos diversos arreglos institucionales existentes, incluyendo los sistemas de bienestar actuales. Estos arreglos institucionales tendrían que ser recalibrados, combinando prácticas y principios existentes con otros nuevos (Buch-Hansen, 2014; Buch-Hansen et al. 2016). Una transición hacia el decrecimiento en Dinamarca, donde vivo, seguramente se vería muy distinta a una transición al decrecimiento en Argentina. Esto también destaca la importancia de adaptar el proyecto del decrecimiento a diferentes contextos. Si se aspira a que las personas se sientan atraídas por el proyecto del decrecimiento, es necesario que éste se conecte con los contextos en los que se encuentran estas personas y que les hable de los problemas particulares a los que se enfrentan.

V. CONCLUSIÓN

Blühdorn (2017, p. 42) habla de una “crisis de sustentabilidad multidimensional que deja a los políticos (como así también al mercado) completamente indefensos”. Y agrega que “hay una conciencia ansiosa de que los arreglos sociales y económicos actuales simplemente no pueden ser sostenidos y de que antes de que transcurra mucho tiempo algún tipo de cataclismo desencadenará cambios profundos” (2017, p. 42). El proyecto del decrecimiento se halla animado por el deseo de producir transformaciones socioeconómicas y culturales mayores *antes* de que esas transformaciones sean desencadenadas por un colapso ecosocial. En este artículo, el decrecimiento ha sido presentado como un proyecto académico y político. El proyecto académico se encuentra principalmente arraigado en el campo de la economía ecológica, aunque asume una variedad de formas y conecta a múltiples disciplinas. Si bien se encuentra claramente en oposición al *mainstream* (y lejos de constituirse a sí misma en *mainstream*), es posible afirmar que la investigación crítica del crecimiento está demostrando una importante pujanza durante los últimos años. Como proyecto político, el

decrecimiento también se encuentra en oposición al *mainstream* y, hasta el momento, ha tenido un impacto insignificante en los principales acontecimientos sociales. Sin embargo, este proyecto está en continuo desarrollo, en la medida en que las/os partidarias/os del decrecimiento, incluyendo a los movimientos de base, desarrollan y refinan políticas ecosociales. Es importante destacar que el proyecto académico y político se interconectan y superponen en este ámbito. Los conocimientos generados por el proyecto académico constituyen insumos para las propuestas de políticas ecosociales; y la visión política inspira el trabajo de quienes investigan.

VI. REFERENCIAS

- Alexander, S. (2012). Planned economic contraction: the emerging case for degrowth. *Environmental Politics*, 21 (3), 349-368.
- Barca, S., Chertkovskaya, E. y Paulsson, A. (2019). The End of Political Economy as We Knew It? From Growth Realism to Nomadic Utopianism. En E. Chertkovskaya, A. Paulsson y S. Barca (Eds.), *Towards a Political Economy of Degrowth*. Rowman and Littlefield.
- Blühdorn, I. (2017). Post-capitalism, post-growth, post-consumerism? Eco-political hopes beyond sustainability. *Global Discourse*, 7 (1), 42-61.
- Bohnenberger, K. (2020). Money, Vouchers, Public Infrastructures? A Framework for Sustainable Welfare Benefits. *Sustainability* 12 (2), 596-626.
- Borowy, I. (2013). Degrowth and public health in Cuba: lessons from the past? *Journal of Cleaner Production*, 38, 17-26.
- Bowen, A., y Hepburn, C. (2014). Green growth: an assessment. *Oxford Review of Economic Policy*, 30 (3), 407-422.
- Brand, U., y Wissen, M. (2013). Crisis and continuity of capitalist society-nature relationships: The imperial mode of living and the limits to environmental governance. *Review of International Political Economy*, 20 (4), 687-711.
- Buch-Hansen, H. (2014). Capitalist diversity and degrowth trajectories to steady-state economies. *Ecological Economics*, 106, 173-179.

- Buch-Hansen, H. (2018). The prerequisites for a degrowth paradigm shift: Insights from critical political economy. *Ecological Economics*, 146, 157-163.
- Buch-Hansen, H., y Koch, M. (2019). Degrowth through income and wealth caps? *Ecological Economics*, 160, 264-271.
- Buch-Hansen, H., Pissin, A., y Kennedy, E. (2016). Transitions towards degrowth and sustainable welfare: Carbon emission reduction and wealth and income distribution in France, the US and China. En M. Koch y O. Mont (Eds.), *Sustainability and The Political Economy of Welfare* (págs 143-157), Londres y Nueva York: Routledge.
- Büchs, M., y Koch, M. (2019). Challenges for the degrowth transition: The debate about wellbeing. *Futures*, 105, 155-165.
- Carstensen, MB (2011). Paradigm man vs. the bricoleur: bricolage as an alternative vision of agency in ideational change. *European Political Science Review*, 3 (1), 147–167.
- Chertkovskaya, E., Paulsson, A., Kallis, G., Barca, S., y D’Alisa, G. (2017). The vocabulary of degrowth : A roundtable debate. *Ephemera*, 17 (March 2016), 189–208.
- Concialdi, P. (2018). What does it Mean to be Rich? *European Journal of Social Security*, 20 (1): 3–20.
- Cosme, I., Santos, R., y O’Neill, DW (2017). Assessing the degrowth discourse: A review and analysis of academic degrowth policy proposals. *Journal of Cleaner Production*, 149, 321-334.
- Crouch, C. (2016). The march towards post-democracy, ten years on. *The Political Quarterly*, 87 (1), 71-75.
- Daly, HE. (1973). *Toward a Steady-State Economy*. W. H. Freeman and Company.
- Daly, HE. (1991). *Steady-state economics*. Island Press.
- Daly, HE. (1996). *Beyond Growth*. Beacon Press.
- D’Alisa, G. y Kallis, G. (2015) Post-normal science. En G. D’Alisa, F. Demaria, y G. Kallis (Eds.), *Degrowth. A vocabulary for a new era* (págs. 185–188). Routledge.

- Demaria, F., Schneider, F., Sekulova, F. y Martinez-Alier, F. (2013). What is degrowth? From an activist slogan to a social movement. *Environmental Values*, 22 (2), 191–215.
- Dengler, C., y Seebacher, L.M. (2019). What about the Global South? Towards a feminist decolonial degrowth approach. *Ecological Economics*, 157, 246-252.
- Doyal, L. y Gough, I. (1991). *A Theory of Human Need*. Macmillan.
- Drews, S., Savin, I., y van den Bergh, J.C. (2019). Opinion clusters in academic and public debates on growth-vs-environment. *Ecological economics*, 157, 141-155.
- Fritz, M., y Koch, M. (2014). Potentials for prosperity without growth: Ecological sustainability, social inclusion and the quality of life in 38 countries. *Ecological Economics*, 108, 191-199.
- Georgescu-Roegen, N. (1971). *The Entropy Law and the Economic Process*. Harvard University Press.
- Gorz, A. (1980). *Ecology as Politics*. Pluto Press.
- Gough, I. (2017). *Heat, Greed and Human Need. Climate Change, Capitalism and Sustainable Wellbeing*. Edward Elgar.
- Hassler, A. et al. (2019). *Degrowth of Aviation. Reducing Air Travel in a Just Way. Austria: Stay Grounded*. Recuperado el 18 de enero de 2020 de https://stay-grounded.org/wp-content/uploads/2020/02/Degrowth-Of-Aviation_2019.pdf
- Helne, T. y Hirvilammi, T. (2019). Having, Doing, Loving, Being: Sustainable Well-Being for a Post-Growth Society. En E. Chertkovskaya, A. Paulsson y S. Barca (Eds.), *Towards a Political Economy of Degrowth*. Rowman and Littlefield.
- Hickel, J., y Kallis, G. (2019). *Is Green Growth Possible? New Political Economy*, 1-18. DOI: 10.1080/13563467.2019.1598964.
- Hirsch, F. (1976). *The Social Limits to Growth*. Harvard University Press.
- Hirvilammi, T. (2020). The Virtuous Circle of Sustainable Welfare as a Transformative Policy Idea. *Sustainability*, 12 (1), 391.
- Hornborg, A. (2017). How to turn an ocean liner: a proposal for voluntary degrowth by redesigning money for sustainability, justice, and resilience. *Journal of Political Ecology*, 24 (1), 623-632.

- Jameson, F. (2003). Future City. *New Left Review*, 21 (May-June), 65–79.
- Joutsenvirta, M. (2016). A practice approach to the institutionalization of economic degrowth. *Ecological Economics*, 128, 23-32.
- Kallis, G., Demaria, F., y D’Alisa, G. (2015). Introduction: Degrowth. En G. D’Alisa, F. Demaria, y G. Kallis (Eds.), *Degrowth. A vocabulary for a new era* (págs. 1–17). Routledge.
- Kallis, G. (2018). *Degrowth*. Agenda Publishing.
- Koch, M. (2012). *Capitalism and Climate Change*. Palgrave.
- Koch, M., Buch-Hansen, H. y Fritz, M. (2017). Shifting priorities in degrowth research: An argument for the centrality of human needs. *Ecological Economics*, 138, 74-81.
- Koch, M. (2019). The state in the transformation to a sustainable postgrowth economy. *Environmental Politics*, 1-19. DOI: 10.1080/09644016.2019.1684738.
- Latouche, S. (2009). *Farewell to growth*. Cambridge, Polity Press.
- Leonardi, E. (2019). Bringing Class Analysis Back in: Assessing the Transformation of the Value-Nature Nexus to Strengthen the Connection Between Degrowth and Environmental Justice. *Ecological Economics*, 156, 83-90.
- Martinez-Alier, J. (2012). Environmental justice and economic degrowth: an alliance between two movements. *Capitalism Nature Socialism*, 23 (1), 51-73.
- Max-Neef, M. (2014). The world on a collision course and the need for a new economy. En S. Novkovic y T. Webb (Eds.), *Co-operatives in a Post-Growth Era: Creating co-operative economics* (págs. 15-38). Zed Books.
- Meadows, DH., Meadows, DL., Randers, J. y Behrens WW. (1972) *The Limits to Growth*. Universe Books.
- Nyblom, Å., Isaksson, K., Sanctuary, M., Fransolet, A., y Stigson, P. (2019). Governance and Degrowth. Lessons from the 2008 Financial Crisis in Latvia and Iceland. *Sustainability*, 11 (6), 1734.
- OCDE (2011) *Towards Green Growth*. Recuperado el 18 de marzo de 2019 de <https://www.oecd.org/greengrowth/48012345.pdf>

- O'Neill, DW. (2012) Measuring progress in the degrowth transition to a steady state economy. *Ecological Economics*, 84, 221-231.
- Oxfam (2015) Extreme carbon inequality. Oxfam Media Briefing, 2 de diciembre.
- Parrique, T. (2019). *The political economy of degrowth*. Tesis doctoral, Clermont Auvergne.
- Pizzigati, S. (2018) *The Case for a Maximum Wage*. Cambridge, Polity Press.
- Ripple, W.J., Wolf, C., Newsome, T.M., Barnard, P., y Moomaw, W.R. (2019). World Scientists Warning of a Climate Emergency. *BioScience*, biz088.
- Runciman, D. (2018). *How democracy ends*. Basic Books.
- Sayer, A. (2009). Who's afraid of critical social science? *Current Sociology*, 57 (6), 767–86.
- Schneider, F., Kallis, G. y Martinez-Alier, J. (2010). Crisis or opportunity? Economic degrowth for social equity and ecological sustainability. *Journal of Cleaner Production*, 18 (6), 511–518.
- Schor, J. (2015) Work sharing. En G. D'Alisa, F. Demaria, y G. Kallis (Eds.), *Degrowth. A vocabulary for a new era* (págs. 195–197). Routledge.
- Spangenberg, JH. (2016). The world we see shapes the world we create: how the underlying worldviews lead to different recommendations from environmental and ecological economics – the green economy example. *Journal of Sustainable Development*, 19 (2), 127-146.
- Spash, CL. (2020). A tale of three paradigms: Realising the revolutionary potential of ecological economics. *Ecological Economics*, 169, 106518. DOI: 10.1016/j.ecolecon.2019.106518
- Staricco, JI. (2019). Reclaiming critique in social sciences—or why 'non-normative critique' constitutes a contradiction in terms. *Distinktion: Journal of Social Theory*, 1-19. DOI: 10.1080/1600910X.2019.1658614
- Steffen, W., Broadgate, W., Deutsch, L., Gaffney, O., y Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: the great acceleration. *The Anthropocene Review*, 2 (1), 81-98.
- Streeck, W. (2016). *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*. Verso.

ONU (2015) *Transforming our world: the 2030 Agenda for Sustainable Development*, Resolución adoptada por la Asamblea General el 25 de septiembre de 2015, Naciones Unidas.

PNUMA (2019) *Emissions Gap Report 2019*, Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

van Apeldoorn, B., y Overbeek, H. (2012). Introduction: The Life Course of the Neoliberal Project and the Global Crisis. En B. van Apeldoorn y H. Overbeek (Eds.), *Neoliberalism in Crisis* (págs. 1–20). Palgrave.

Weiss, M., y Cattaneo, C. (2017). Degrowth—taking stock and reviewing an emerging academic paradigm. *Ecological Economics*, 137, 220-230.